



El protagonista se resigna a no poder recobrar el ambiente deseado y llevará su secreto «al centro oscuro de la tierra». Este último punto fijo substituye al país de origen como el espacio lejano deseado y compensará el espacio vital del poeta nivelando toda distancia y presiones ambientales.

Este poema de su último libro es la expresión madura de aquellos sentimientos que nacieron con su obra primeriza. Desde *Tierra sin nosotros* Hierro expone el deseo de ir hacia lo nuevo, siempre dándose cuenta de que la novedad será acompañada del cansancio y del desencanto, dejando, al poeta, con deseos de regresar al origen — lo cual no será totalmente posible ya que el alejamiento causa el desvanecimiento o la alteración de los espacios. Véanse, por ejemplo: «Gaviota» (págs. 24-25), «Luna» (págs. 25-26), etc. Si en «Alucinación de América» [1964] dice:

Yo dejé en las orillas de acá mi corazón,  
mi corazón en las aguas de allá,  
entre estas nubes y estas rocas que ahora veo,  
que recuerdo, será mejor decir, perdidas para siempre. (pág. 449)

Ya en «Despedida del mar» [1947] había dicho:

Por más que intente al despedirme  
guardarte entero en mi recinto  
de soledad, por más que quiera  
beber tus ojos infinitos,  
tus largas tardes plateadas,  
tu vasto gesto, gris y frío,  
sé que al volver a tus orillas  
nos sentiremos muy distintos.  
Nunca jamás volveré a verte  
con estos ojos que hoy te miro. (pág. 28)

La separación y el aislamiento expresados por Hierro no siempre son resultado de

una acción gratuita emprendida por el personaje poético, a veces son consecuencia del encarcelamiento. Por lo tanto el retraimiento y sus límites espaciales ya no son efectos del libre albedrío, y las fronteras y distancias que se desean cruzar son más bien imaginadas y oníricas que reales — entes del sueño inventivo o de la nostalgia. Como consecuencia de que se le haya prohibido cruzar las fronteras y la inmensidad físicas, éstas serán substituídas por la inmensidad de la noche y del sueño. A través de esta infinidad vagará el prisionero.

No cabe duda de que el ejemplo de más fuerza es «Canción de cuna para dormir a un preso» de *Tierra sin nosotros*. En este poema Hierro escribe:

Duerme. Ya tienes en tus manos  
el azul de la noche inmensa.  
.....  
La noche es vasta. Tiene espacios  
para volar por donde quieras,  
.....  
La noche es bella, está desnuda,  
no tiene límites ni rejas. (págs. 45-46)

En la obra de Hierro las referencias a la cárcel o a la celda son muchas, veamos algunos ejemplos:

hemos estado solos entre cuatro paredes.  
(«Razón,» *Alegría*, pág. 147)  
Desde esta cárcel podría  
verse el mar, ...  
(«Reportaje,» *Q. del 42*, pág. 239)  
No podré nunca desencarcelaros,  
maravillosos que abrasáis mi boca.  
(«Criaturas de la sombra,» *Cuanto sé de mí*, pág. 379).

No es de extrañar que este espacio físicamente limitado y opresivo aparezca con tanta frecuencia en la obra de Hierro, puesto que la cárcel fue una experiencia vital del poeta. José Hierro tenía quince años cuando, en 1937, su padre —Joaquín— fue detenido y encarcelado por las fuerzas franquistas que tomaron la ciudad de Santander. A esta impresionable edad Hierro, hijo mayor, queda como cabeza de familia en una ciudad que sufre la opresión y escasez que son las consecuencias de cualquier guerra, especialmente cuando no se está en el partido de los vencedores.<sup>7</sup> A los diecisiete años de edad, empeora su situación. Hierro, con un sentido del humor que es más efectivo por lo que no dice, se expresa de la siguiente manera durante una entrevista: «A los diecisiete empezaron a ocurrirme una serie de cosas que no habían de hacerme muy amable la vida.»<sup>8</sup>

Al no saber la verdad se diría que Hierro habría sufrido algún infortunio inoportuno, pero no demasiado serio. En realidad fue algo muchísimo más grave de lo que se da a entender: en septiembre de 1939 es denunciado como miembro de una «organización

<sup>7</sup> Aurora de Alborno, «Aproximación a la obra poética de José Hierro (1947-1977)», *Índice*, n.º 341 (noviembre, 1978), pp. 273-290.

<sup>8</sup> Antonio Núñez, «Encuentro con José Hierro», *Insula*, n.º 240 (noviembre, 1966), p. 4.

secreta» y es detenido; pasa los cuatro años siguientes en las cárceles de Santander, Comendadoras (Madrid), Palencia, Porlier y Torrijos (Madrid), Segovia y Alcalá de Henares. Mientras tanto es procesado dos veces y, finalmente, condenado a doce años y un día de cárcel. Más tarde la sentencia es conmutada y es liberado en 1944. Recuérdese que D. Joaquín Hierro había sido encarcelado en 1937, dos años antes que el hijo, siendo puesto en libertad en 1941, tres años antes que José. Ahora, en 1944, vuelve a estar la familia reunida, pero, a los pocos días de estar nuestro poeta en casa, muere D. Joaquín.<sup>9</sup>

Aunque en los primeros libros de poesía sólo se intuyan los efectos de la cárcel y de la privación, en su último libro Hierro abiertamente emplea ese episodio personal al escribir *Historia para muchachos*. En este poema autobiográfico Hierro hace un catálogo poético de los empleos que tuvo de joven durante la guerra, animando a los jóvenes a quienes habla que busquen en un diccionario las palabras que él emplea porque a lo mejor carecerán de significado para ellos. A continuación observa:

No son éstas las únicas palabras. Hay otras. Por ejemplo: *condenados por auxilio a la rebelión*. (Creo que ése era el término jurídico). *Auxilio*, o *adhesión*: no estoy seguro. O uno le fue aplicado a mi padre, y el otro a mí.

(*Libro de las A.*, pág. 462)

En consecuencia, vemos que el ansia de inmensidad y de lejanía, en cuanto expresión vital de un prisionero es un anhelo que ha podido ser verdaderamente experimentado por el poeta.

El distanciamiento expresado por Hierro como la actitud de un desterrado o de un expatriado es, sin embargo, la extensión hecha por el poeta de su sentimiento al ser trasladado o encarcelado por las autoridades y al sentirse como exiliado en el interior de su propio país. Se considera así, como invención poética, en vista de que Hierro nunca perteneció a la España peregrina y, que sepamos, no ha vivido ningún exilio fuera de España. No obstante, claro está, la falta de experiencia directa no impide que esta imagen sea otra profunda y conmovedora expresión del alejamiento y de la soledad del poeta. En *Cae el sol* Hierro declara:

Parezco un desterrado que ha olvidado hasta el nombre de su patria, su situación precisa, los caminos que conducen a ella. Perdóname que necesite averiguar su sitio exacto.

(*Libro de las A.*, pág. 470)

El *Libro de las alucinaciones*, obra maestra de máxima madurez poética a la vez que el último libro de poesía escrito por Hierro hasta hoy, está cuajado de los temas predilectos del poeta. De aquí que es fácil encontrar en esta obra culminante ejemplos del destierro como el anterior: «Canción del ensimismado en el puente de Brooklyn», «Alucinación de América», entre otros. Sin embargo, otra vez, no debe permitir el lector que esta abundancia le haga creer que el destierro es una nueva manifestación de distanciamiento. Todo su primer libro, *Tierra sin nosotros*, es el canto de la víctima que sufre el exilio interior —psicológico y espiritual— que es el de Hierro. Véanse por ejemplo:

<sup>9</sup> Douglas Marcel Rogers, «A Study of the Poetry of José Hierro as a Representative Fusion of Major Trends of Contemporary Spanish Poetry», *Dissertation The University of Wisconsin*, 1964; pp. 123-124.